

Ilustración

JORGE SARASOLA

(Artista plástico argentino contemporáneo)

Sorprende su pintura en estos momentos de la posmodernidad insertada desde lo mundano hasta en lo moral, y que obviamente arrastra al arte, porque la historia de las sociedades humanas no deja de ser movimientos culturales que tiñen todos los aspectos de la época. Jorge Sarasola toma distancia de este momento y se enfoca en crear una obra que remeda al hombre sosegado y seguro de otros tiempos. En ella se advierte esa necesidad de reflejar un orden que hiciera del hombre, antes de la Primera Guerra Mundial, un ser que con su cultura armonizara con el mundo, el *Deus* de Spinoza, cuando se refería al *Cosmos*, a la *Naturaleza*. Las palabras del artista delatan su impulso creativo.

–Miguel Ángel refería que a la piedra había que quitarle lo que sobraba. En el interior estaba la figura. Yo persigo el mismo concepto con las telas. Solo trato de resaltar lo que ellas expresan. Interferir lo menos posible. La tela en mi obra se manifiesta. Tiene presencia por sí.

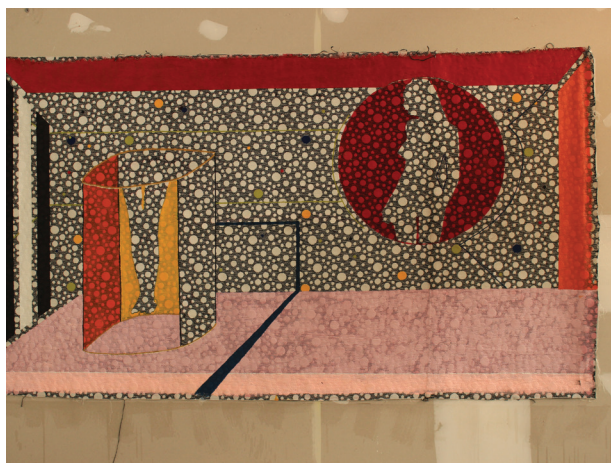
–Sarasola, veo que está apartado del caos y azar que expresa el arte posmoderno. Si bien sus cuadros representan un aspecto interior, tienen esa característica de una impresión del mundo aristotélico. Ordenado, armónico, organizado.

–Quizás el torbellino esté en mi paleta de colores vibrantes.

–Es cierto, esos planos ordenados que permiten que en los espacios se exprese la naturaleza de la tela están impregnados de un cromatismo fulgurante. Se observa movimiento. No tienen quietud a pesar de su linealidad. Es el momento en que se parece a retornar a un nuevo orden luego del caos.

–Usted, Trainini, hablaba de posmodernismo. Quizás en mi obra haya una reconciliación con el concepto natural clásico de Miguel Ángel, más allá de que la impregne de lo abstracto, de una representación psicológica. En ese tiempo había también forma. Yo no me aparto de ella a través de entregarle un color contrastante.

–La pintura de hoy expresa el arte como color. El arte está refugiado en esa inmediatez en que las identidades parecen extraviarse y están mimetizadas. Unos pocos artistas la conservan. Es el posmodernismo. El hombre hoy construye sociedades modernas con el mismo temple de los pueblos bárbaros, alejados de lo natural



“Obra Número 154”
Acrílico sobre tela, 195 × 175 cm, 2014



“Obra Número 178”
Acrílico sobre tela, 144 × 193 cm, 2014

y del equilibrio, pisoteando con la razón la verdadera ignorancia existencial. La historia se escribió con el poder y la gloria. Se honró a la victoria y al deseo. Se menospreció a la armonía del hombre con la naturaleza y al misterio como el límite. Lo sagrado se hizo poder; no fue la frontera de la razón. Este es un mundo ago-

tado. No hay tiempo para observarse: solo para correr detrás de conquistas que se desmoronan. El arte está inserto también en esta problemática, por eso su obra es un retorno a un mundo pensado sin perder la pulsión emocional, profunda, expresionista que hoy rige las actitudes humanas posmodernas.

CUANDO SE CONSTRUYE UN SISTEMA, SE TOLERAN LAS CONTRADICCIONES Y SE LAS AMPARA EN EL RECURSO DIALÉCTICO

La conciencia de los hombres no es causante del origen de su historia, sino la consecuencia de ser arrojada a la existencia. Luego de la aparición de ella el derrotero se debió al fruto de la conducta atada a los miedos ancestrales. El cataclismo se va a producir no por un acto profético, sí por una construcción histórica basada fundamentalmente en sus iras, divorciadas del arte y de los altruismos. El hombre progresivamente se separó de la naturaleza. La asimiló con el conocimiento y luego se enfrentó con ella hasta arrodillarla. El propio hombre sufrió su furia. Lenguas y culturas avasalladas. Algunos hablan de “furia arquetípica” por la expulsión de un Edén, volviendo el hombre al miedo nacido primero de la mayor ignorancia y luego de la necesidad de usarlo para aquilatar poder.

El humano no puede tener otro destino que con el que nace, pero sí puede edificar otro concepto de existencia entre su origen y la muerte. Toda otra extrapolación hacia un antes o un después lo lleva inexorable a la mitología, al temor, a la ficción. Al ser torturado por un recuerdo que él mismo suscribió con el miedo.

Creamos escombros con nuestro paso histórico. Nos cuesta el respeto a lo pasado. Lo extinguimos. Tenemos una necesidad prometeica de reconstruirnos sin aquilatar nuestro origen. No se puede elegir entre “ser” y “no-ser”. Una vez adquirida la vida ese impulso que nos conduce desde el inicio intenta sobrevivir. Quizás el miedo haya sido la connivencia del hombre. Una fuerza que no proviene de su nivel de conciencia porque este impulso [voluntad en Schopenhauer] es universal. Subyace en toda conciencia por más pequeña que sea. Esta dualidad de “ser” y “no-ser” se traslada a todos sus actos entre lo que desea y lo que puede, entre el bien y el mal, entre la tolerancia y la ira, entre la piedad y la violencia. En este dilema, inscripto en cada una de las acciones humanas, se halla la batalla entre el sentido humano real de la existencia y el sentido mitológico ficticio de la no-existencia.

Entonces se rodea de todas las imaginaciones posibles. Recrea un mundo más allá de la conciencia, simplemente porque esta no le alcanza a sentirse pleno. El mito y las ciencias son sus refugios que nunca

sacian y que en forma inconsciente lo precipitan hacia el Apocalipsis que él mismo profetizó.

Todas las culturas rituales, todos los actos de fe, todas las ficciones, no son novedades, sino acciones de un mismo escenario en las que el hombre se halló con una conciencia que lo mira desde su propio espejo: el intento de escapar del reflejo que lo contiene sin poder hallar salida al destino de su condición. Sin esa conciencia no sabría del destino.

Pareciera que este mundo de hoy es una crisis de confianza. Si fuese así, podría ser reemplazado por otro sistema. El hombre se dio cuenta de que esta situación repetida en la historia humana no lo absolvió de su drama. Esto lo desespera en su interiorización. Y arremete contra sí mismo. Tanto la ciencia como la fe se erosionaron ante el mismo progreso. Todos los sistemas son productos del mismo hombre. Los genocidios y sus altruismos. Pero nunca pudo dejar las guerras, las inequidades, los terrores, los esclavos, los homicidios. Insuficiente la ilustración. Insuficiente la secularización. Esto nos lleva a Heidegger cuando tomaba distancia del humanismo (*Carta sobre el humanismo*). Las armas del hombre para voltear su destino –ciencia y fe– en realidad fueron siempre ficticias para poder cambiarlo. Hoy su reacción es existencial. Inconsciente, porque lastima a su conciencia... si lo refrenda... si lo confiesa.

Nos cuesta ser libres. Nos desorienta no seguir a un grupo, a un dogma, a un sistema. Escapamos de la nada al no tener consistencia definida en el propio ser. Mientras manejamos la vida del hombre somos libres, luego de suceder el destino los hombres somos ausencia, nada. Con libertad o sin libertad ¿por qué tragedia optar? El impulso nos lleva a la supervivencia existencial. En su transcurso surge el miedo que aliena. Hay una alienación para alcanzar la libertad y la inmortalidad, para escapar del sufrimiento y de la muerte. Entonces nos inclinamos al poder (praxis). Eros oscila entre un dictado de su impulso y la inclinación a conseguir placidez. ¿O todo provendrá del dominio de la naturaleza a la cual pertenecemos?

Sarasola nos refugia en una posibilidad diferente. En una creación serena, lo más cercano posible al pensamiento y a la realidad, donde busca elevarse por sobre la propia ignominia del hombre. Con las obras que piensa ve detrás de esta posmodernidad que el artista desarma con sus asombros artísticos, en donde la tela expresa su naturaleza. En esta posición se ve surgir la esperanza donde el ser-hombre puede ser libre, dueño de su tiempo y de sus ideas. Y la tela puede denunciar el “ascetismo estético” a que se refería Gracián primero y Schopenhauer después.

Jorge C. Trainini